

—Sí, Julia.

—¿Y por qué se ha insolentado?

—Refiriéndose á ti...

—¿A mí?

—Dijo que la comida se pasaba... y tú no volvías...

—¿Eso ha dicho?

—Y más... Cosas desagradables para ti... que yo no he comprendido... ni quiero comprenderlas.

—Dímelo todo.

—Es inútil repetirlo.

—Quiero saberlo todo.

—Dijo, que para un hombre como yo, era una desgracia estar casado con una mujer como tú, que nunca eres puntual, ni ordenada, ni cuidadosa, ni atiendes á las obligaciones de tu casa, ni á tu hijo, ni á mí.

Enriqueta, seguida por Limousin, que no despegó los labios sorprendido en aquella situación difícil, avanzaba, y cerró bruscamente la puerta, dejando caer su abrigo sobre una silla, dirigiéndose á su marido, irascible, irritada:

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Que yo soy...?

Parent estaba pálido y tranquilo. Contestó:

—Yo no digo nada, esposa mía; te repito solamente las frases de Julia que deseas conocer; y te hago notar que la despedí, precisamente, por esas frases.

Enriqueta hubiera querido arrancarle las barbas y los carrillos con las uñas. En la voz, en el tono, en la expresión del hombre, notaba claramente la



rebeldía; no sabiendo cómo atacarle, buscaba una frase directa y mortificadora, tomando, como siempre, la ofensiva.

—¿Comisteis ya?

—Te aguardábamos.

Enriqueta hizo un movimiento de impaciencia.

—Es una estupidez aguardar tanto. Debisteis comer á las siete y media, suponiendo que me habría quedado en alguna parte, por algún asunto, haciendo compras.

De pronto le pareció necesario explicar de qué modo había invertido el tiempo, y refirió ligeramente, con altivez, que habiendo ido muy lejos, á la calle de Rennes, para elegir algunos muebles, encontró á Limousin, á eso de las siete, en el bulevar Saint-Germain, y le había rogado que la acompañase para poder tomar algo en un restaurant, no atreviéndose á entrar sola; estaba muriéndose de debilidad. Así habían comido los dos precipitadamente, para retrasarse lo menos posible, una sopita y medio pollo.

Parent, respondió sencillamente:

—Hiciste bien; ya ves que no te digó nada.

Limousin, callado hasta entonces, y casi oculto detrás de Enriqueta, se acercó al marido, tendiéndole una mano:

—¿Cómo estás?

Parent alargó fríamente la suya, y dijo:

—Muy bien.

Pero la mujer había recogido una frase de la última respuesta del marido.

—«¡No me dices nada!»... ¿Qué podrías decirme?

Parent se disculpó.

—No tengo motivo. Quise decirte, que no me había preocupado tu mucha tardanza.

Ella buscaba una pretexto para reñir, y se agarró á lo que pudo:

—¡Mi tardanza!... Como si hubiese comparecido á la madrugada, y pasase noches enteras en la calle.

—No, esposa mía. Digo «tardanza», porque no sé decirlo de otro modo. Te aguardábamos á las seis y media, y vienes á las ocho y media. Bueno... Está bien... y no hay para extrañarse... Por eso digo «tu mucha tardanza», no sé decirlo de otro modo.

—Pronuncias la frase con cierta intención...

—¡Vaya, no lo creas!

Enriqueta comprendió que no hallaría resistencia, y dirigiéndose á su cuarto, los gritos del niño la sorprendieron. Entonces preguntó sobresaltada:

—¿Por qué llora esa criatura?

—Ya te dije que Julia le ha maltratado.

—Pero ¿qué le ha hecho esa miserable?

—¡Oh! Casi nada. Le ha dado un empujón y el niño se ha caído...

—Enriqueta, deseando ver á Carlitos, entró en el comedor y se detuvo ante el mantel empapado en vino, las botellas y los vasos rotos y la sal derramada.

—¿Qué significa esto?

—Es Julia, que...

Enriqueta le interrumpió enfurecida:

—¡Ya es demasiado! Julia dice desvergüenzas de mí, pega al niño, rompe la vajilla, revuelve toda la casa, y parece que tú encuentras natural todo esto.

—No... La he despedido.

—¡Claro! Pero debiste avisar á la policía; que la metieran en la cárcel.

—Pero, mi querida esposa... No hay para tanto... seguramente no hay para tanto... Y hubiera sido muy difícil...

Enriqueta, con un desdén infinito encogiéndose de hombros:

—Siempre serás lo mismo: un pobrete, un infeliz, un hombre sin voluntad, sin carácter y sin energía. ¡Oh! ¡Qué desvergüenzas debió decir para que te hayas decidido á echarla! Me hubiera gustado oírla un minuto, un minuto nada más.

Abriendo la puerta de la sala, corrió hacia Carlitos, le alzó, le estrechó entre sus brazos, besándole.

—Carlitos, ¿qué tienes? ¿Qué te han hecho, mono mío, lucero mío?

Sintiéndose acariciado por su madre, dejó de llorar el niño.

—¿Qué tienes? ¿Dímelo tú? ¿Qué tienes?

Y respondió con su media lengua:

—Julia... Julia... ha pegado... á papá...

Enriqueta se volvió hacia su marido, estupefacta. Después, el deseo insano de soltar una carcajada,

brilló en sus ojos, dibujándose como un temblor en sus mejillas rosadas, asomando á sus labios, levantando las alas de su nariz, y saliendo, al fin, de su



boca ruidosamente, con vibraciones de alegría satisfecha, sonora, vibrante como el trino de un pájaro. Enriqueta repetía, entre gritos agudos, que dolían á Parent como si fueran mordeduras de aquellos dientes blancos:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ella te pegó!... ¡Ja, ja!... ¡Tiene gracia... mucha gracia...! ¡Ja, ja! ¡Oiga usted, Limousin!... ¡Le ha pegado Julia!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Sí... ha pegado á mi marido la criada! ¡Ja, ja, ja! ¡Es muy gracioso!

Parent murmuraba:

—No... no... Te digo que no es cierto. Al contrario: yo fui quien... Yo la empujé con tal violencia, que al caer tiró cuanto había en la mesa... Carlitos no ha visto claramente. Yo fui quien...

Enriqueta dijo al niño:

—Anda, mi cielo, di otra vez: ¿Julia pegó á papá?

—Sí; Julia—exclamó el niño.

Asaltada por otra idea, la mujer preguntó:

—¿Tampoco disteis de comer al niño? ¿No comiste aún, tesoro mío?

—No, mamá.

Revolviéndose furiosa contra su marido, Enriqueta gritó:

—¡Estás loco, archiloco! ¡Las ocho y media y el niño está sin haber comido aún!

Parent se disculpaba, desconcertado por aquella escena, perdido entre tan engorrosos comentarios, aplastado por aquel desmoronamiento de toda su existencia.

—Hija mía: no quise comer sin ti. Como siempre te retrasas algo, te aguardábamos de un momento á otro.

Ella se quitó el sombrero, tirándolo sobre una butaca, y dijo con voz nerviosa:

—Es intolerable tratar con personas que nada entienden y no adivinan nada; que nada saben hacer. ¡Claro! Y si me ocurre venir á media noche, tampoco hubiera comido la criatura. ¡Como si no pudieras comprender, viendo que á las siete y media no venía yo, que alguna causa...

El marido temblaba, sintiéndose arrebatado por la cólera; pero Limousin, interponiéndose, dijo á Enriqueta:

—La veo á usted algo injusta en esta ocasión. El no pudo adivinar que hoy vendría usted más tarde que otras veces. Además, después de haber despedido á Julia, solo, ¿era tan fácil salir del paso?

Exasperada Enriqueta, contestó.

—Pues yo no pienso ayudarle; que haga lo que pueda.

Y entró en su cuarto bruscamente, olvidando que su hijo no había comido.

Limousin hizo habilidades por ayudar á su amigo. Recogió los vasos rotos, dispuso la mesa, sentó al niño en su poltrona, mientras Parent iba en busca de la doncella para que sirviese la comida.

La doncella no se había enterado de nada. Sacó la sopa; luego carne con puré de patata.

Parent se había sentado junto al niño, estúpido y desalentado por aquella catástrofe. Haciendo

comer al pequeño, trataba también de comer algo; cortaba la carne, y después de mascar mucho, hacía un esfuerzo para tragarla.



Poco á poco se alzó en su alma un deseo invencible de mirar á Limousin, sentado frente á él, haciendo bolitas de pan. Quería comprobar su pare-

cido con la criatura; pero no se atrevía á levantar los ojos. Al fin, decidióse, y observó aquel rostro que tanto conocía y que, sin embargo, le pareció no haber examinado nunca; tan diferente le hallaba de como lo supuso.

De cuando en cuando lanzaba una mirada rapidísima, queriendo retener todos los perfiles, toda su expresión; luego clavaba los ojos en el niño, distraídamente, como si pensara sólo en comer.

Dos palabras zumbaban en su oído: «¡Su padre, su padre, su padre!» Zumbaban rítmicamente en cada latido del corazón, Sí; aquel hombre, aquel hombre tranquilo, sentado frente á él, junto á su mesa, podía ser el padre de Carlitos, de su Carlitos... Parent dejaba de comer, sin fuerzas para proseguir. Un dolor terrible, uno de esos dolores que hacen aullar y retorcerse y morder, le desgarraba las entrañas. Tuvo tentaciones de coger un cuchillo y clavárselo en el vientre. Esto le tranquilizaría, le salvaría, siendo el fin de todo.

¿Podría vivir así? ¿Podría vivir, levantarse todas las mañanas, comer á sus horas, andar por las calles, acostarse por la noche, con aquel pensamiento invencible? «¡Limousin es el padre de Carlitós!» ¡No; no tendría fuerzas para dar un paso, ni para vestirse, ni podría pensar en nada, ni hablar con nadie! Todos los días, á todas horas, á cada segundo, ¡siempre! se preguntaría lo mismo; trataría de

saberlo, de adivinarlo, de sorprender aquel horrible secreto. Y el niño, el niño adorado... No podía verle sin aumentar el espantoso tormento de aquella duda; sin sentirse desgarrado hasta lo más profundo, sin que hasta la medula de sus huesos le doliera... Y permanecer allí, en aquella casa, junto al niño, amándole y odiándole... Odiándole, sí; acabaría odiándole. ¡Qué suplicio! ¡Ah! ¡Si al menos estuviera seguro de que Limousin era el padre, tal vez se calmara y se adormeciera en sus desdichas, en su dolor! ¡Pero no saber nada seguro, era intolerable!

No saber nada seguro, buscar siempre, sufrir siempre y besar al niño á cada instante. Pasearlo por las calles, cogerlo en brazos, sentir, como una caricia, el roce de sus finos cabellos, adorarle y pensar: «¿Acaso es del otro?» ¿No valdría más no verle, abandonarlo, perderlo? ¿No valdría más huir solo, muy lejos, tan lejos que nunca oyese hablar de nada; nunca, nunca?

Oyendo que la puerta se abría, sobresaltóse.

—Tengo hambre—dijo su mujer al entrar—. ¿Y usted, Limousin?

—¡Caramba! yo también—contestó el amigo.

Enriqueta mandó que volviesen á sacar la sopa.

Parent pensaba: «¿Será cierto que han comido ya, ó se habrán retrasado en una entrevista amorosa?»

Los dos comieron con mucho apetito. Ella tran-

quila, riendo y bromeando. Su marido la observaba también con furtivas miradas. Enriqueta se había puesto una bata de color de rosa con encajes blancos, y su cabeza rubia, su cuello terso y sus manos finas y carnosas, aparecían entre aquella bonita envoltura semejante á una concha de nácar bordada con espuma. ¿Qué habría hecho en toda la tarde con aquel hombre? ¡Parent los imaginaba estrechamente abrazados y murmurando palabras ardientes! ¿Por qué no podía saber nada ni adivinar nada, viéndolos como los veía juntos frente á él?

¡No se habrían reído poco de su misma crueldad si le engañaban desde el primer día! ¿Era posible que de tal modo se hiciese burla de un hombre honrado para servirse de su dinero? ¿Por qué no se leían esas maldades en las almas? ¿Por qué los corazones bondadosos no adivinarían los engaños de los corazones infames? ¿Por qué la voz que miente y la que adora suenan de igual modo? ¿Por qué la mirada falaz no se distingue de la mirada sincera?

Observándolos, recogiendo una palabra, una entonación, un parpadeo, una sonrisa, de pronto pensó: «Esta misma noche quiero sorprenderlos.» Y dijo:

—Hija mía, como he despedido á Julia, es necesario que me ocupe hoy mismo de buscar otra cocinera. Salgo á ver si puede venir alguna desde mañana temprano. Acaso tenga que andar mucho y vuelva tarde.

—Bueno—contestó Enriqueta—; Limousin me dará conversación hasta que vuelvas. Te aguardaremos.

Y encarándose con la doncella, prosiguió:

—Acueste usted á Carlitos, quite la mesa y retírese.

Parent se había levantado y oscilaba sobre sus piernas, aturcido, titubeando.

—Hasta luego—murmuró; y apoyándose un poco en la pared, porque le parecía que la casa oscilaba como un barco, salió pausadamente.

La doncella se había llevado á Carlitos. Enriqueta y Limousin pasaron al salón.

—¿Estás loca?—dijo el amante.—¡Hostigas así á tu marido!

—Oye, no empieces como de costumbre, ¿sabes? me violentan mucho tus reflexiones ¡emeñado en presentarme á Parent como un mártir!

—No te lo presento como un mártir—dijo Limousin arrellanándose en una butaca y cruzando las piernas—; pero me parece ridículo, en tu situación, provocar á ese hombre constantemente.

Ella cogió de sobre la chimenea un cigarrillo, y encendiéndolo contestó:

—Si no le provoco; al contrario: me irrita su estupidez... y le trato como se merece.

Limousin, algo impaciente, insistía:

—Es ridículo eso que haces. ¡Y todas las mujeres

hacen algo parecido! Un excelente muchacho, de sobra confiado y de sobra bondadoso, que nunca estorba, que nos deja libres, que fia en ti como un estúpido, sin dudar ni un instante; y tú, haciendo lo posible para enfurecerle y para turbar nuestra existencia tranquila.

— ¡Calla!  
¡Me aburres!  
¡También eres cobarde como todos los hombres! ¡Tienes miedo! ¡Te da miedo ese infeliz!  
El se levantó vivamente, furioso.

—Yo quisiera saber qué daño te ha hecho, y por qué le odias... ¿Te maltrata? ¿Qué hace contra ti? Es demasiada crueldad torturar á un hombre por el



solo motivo de ser bueno, y odiarle únicamente porque le engañas.

Ella se acercó á Limousin, mirándole fijamente á los ojos.

—¿Y tú vienes á echármelo en cara? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tienes vergüenza para eso?

—No he querido echártelo en cara; defiendo á Parent, porque necesitamos, para ser felices, de su confianza. Deberías comprenderlo.

Estaban muy cerca el uno del otro; él, grandote, moreno, con patillas largas, guapetón, con la vulgar apostura de un hombre satisfecho de sí mismo; ella, bonita, sonrosada y rubia, una parisién monísima, semi-cocotte y semi-burguesa, nacida en una trastienda, educada á la puerta de un comercio en el arte de atraer parroquianos con los ojos, y casada al azar de aquella pesca del transeunte, con el primer infeliz que se apasionó por ella contemplándola en la misma puerta siempre, dos veces al día: al salir por la mañana y al volver por la tarde.

Enriqueta dijo á Limousin:

—¿Pero tú no adivinas, inocente, que le aborrezco, precisamente porque se ha casado conmigo, porque me ha comprado con su dinero, porque todo lo que dice, todo lo que hace, todo lo que piensa, me ataca á los nervios? A cada instante me desespera con su estupidez, que tú llamas bondad; con su torpeza, que tú llamas confianza, y, sobre todo,

porque yo quisiera que fueses tú mi marido y no él. Aunque no molesta mucho, le siento entre los dos á todas horas. Es insoportable... ¿Y qué? No. Es demasiado idiota para sospechar nada. Yo quisiera verle celoso alguna vez. Me dan tentaciones de gritarle: «¡Ciego, bruto, ¿no ves? ¿No entiendes nada? ¿No comprendes que Pablo es mi amante?»

—Por ahora—dijo Limousin riendo—te agradeceré que te calles y no turbes nuestra existencia.

—¡Oh! No la turbaré, no te apures; con ese imbécil no es fácil temer nada. No. Pero me parece increíble que no comprendas hasta qué punto me es odioso y de qué modo me repugna. En cambio, tú le tratas con afecto y le das la mano con gusto. Los hombres sois atroces.

—Hay que disimular, cariño mío.

—No se trata del disimulo; se trata del sentimiento. Desde que burláis á un hombre, parece que le queréis más; nosotras los odiamos á partir del momento en que los hemos engañado.

—No veo motivo para odiar á un buen muchacho desde que se le roba el amor de su mujer.

—¿No ves motivo? ¿No ves motivo? Es una delicadeza que no tenéis los hombres. ¡Qué le haremos! Hay cosas que se sienten y no es fácil explicarlas. Y, además, en estos asuntos... No; no me comprenderías; mi razonamiento sería inútil. Vosotros no entendéis ciertas delicadezas...

30511



Y sonriendo, con un dulce abandono de viciosa, puso las manos en los hombros de su amante, ofreciéndole sus labios; él inclinó la cabeza, oprimiendo su cintura con fuerte abrazo, y se unieron sus bocas. Como estaban de pie delante del espejo de la chimenea,



otros amantes, reflejados en el cristal se besaron también.

Y no habían oído nada, ni el ruido de la llave ni el roce de la puerta; pero Enriqueta, bruscamente, lanzando un grito agudo, se apartó de Li-

mousin. El y ella vieron la imagen de Parent que los contemplaba, lívido, con los puños apreta-

dos, descalzo y con el sombrero sobre los ojos.

Se volvieron para mirarle, primero ella, luego él, con un rápido movimiento de los ojos y sin mover apenas la cabeza. El marido tenía cara de loco; sin decir una palabra se arrojó sobre Limousin, y le agarró fuertemente para estrujarlo y ahogarlo; á empujones y sacudidas lo arrastró hasta un ángulo de la sala, tan impetuosamente, que Limousin perdió el equilibrio, dándose, al caer, un fuerte golpe en la cabeza.

Pero Enriqueta, comprendiendo que su marido quería matar á su amante, se arrojó sobre Parent, acogotándole; clavando en su cuello las diez uñas de sus manecitas rosadas, le apretó de tal modo, con la fuerza nerviosa de una mujer desesperada, que la sangre brotó. Le mordía en el hombro, como si hubiera querido despedazarlo con sus dientes, y Parent, casi estrangulado, sofocado, soltó á Limousin para sacudirse de su mujer, agarrada fuertemente á su cuello, y cogiéndola por la cintura, de un empujón la hizo ir hasta el otro extremo de la sala.

Luego, como sólo sentía la cólera instantánea de los bonachones y la violencia repentina de los débiles, quedó entre los dos, jadeante, agotado, no sabiendo ya qué hacer. Su furor brutal habíase dissipado en aquel esfuerzo, como la espuma del vino, y su energía insólita dió fin con un ahogo prolongado.

En cuanto pudo hablar, balbuceó:

—¡Fuera de aquí!... Los dos... Inmediatamente... Fuera de aquí!

Limousin continuaba inmóvil en el suelo, arrimado á la pared, muy atontado aún para comprender nada; muy despavorido para mover ni un dedo. Enriqueta, con las manos apoyadas en un velador, con la cabeza erguida, con el vestido desabrochado, el pecho desnudo y el cabello en desorden, aguardaba como una fiera que se dispone á saltar.

Parent repetía con la voz más enérgica:

—¡Fuera de aquí! En seguida, en seguida... ¡Fuera de mi casa!

Viendo que ya no había peligro, su mujer, enva-lentonada, se acercó á él y le dijo con insolencia:

—¿Te has vuelto loco? ¿Te has vuelto loco?

Parent, avanzando amenazador, gritaba:

—¡Oh!... ¡Es demasiado!... ¡Es demasiado! Lo sé todo... todo... todo... lo he oído todo... ¿entiendes? Todo, ¡miserable!... ¡miserable!... ¡Sois unos canallas! ¡Fuera de aquí!... ¡los dos!... ¡He de mataros!... ¡Canallas!... ¡Fuera de aquí!

Ella comprendió que ya no había remedio; que no había manera de justificarse, que todo estaba perdido; y su impudencia y su odio la impulsaron. Sintiendo ansias de insolente provocación, dijo:

—Vámonos, Limousin, ya que nos echa de aquí; vámonos á tu casa.

Pero Limousin no se movía. Parent, recobrando bríos, gritaba:

—Sí; en seguida... ¡Fuera, canallas!... O ahora mismo...

Enriqueta, rápidamente atravesó la sala, y cogiendo por un brazo á su amante, le hizo levantarse del suelo, llevándolo hasta la puerta y repitiendo:

—Anda, hijo mío, anda; ese hombre se ha vuelto loco; anda, me voy contigo...



Al salir, ella miró á su marido, pensando qué podría decirle, qué podría inventar para torturarle de nuevo, antes de abandonar aquella casa; y una idea venenosa, feroz, mortal, acudió á su pensamiento; una idea en la que fermentaba toda la perfidia femenil:

—¡Quiero llevarme á mi hijo!

Parent, estupefacto, balbuceó:

—¿Tu... tu hijo? ¿Te

atreves á recordarlo siquiera? ¿Te atreves á pedirme tu hijo?... ¡Ah! ¡Es mucho, es mucho! ¿Te atreves?... ¡Oh! ¡Fuera de aquí... miserable! ¡Fuera!

La mujer se acercó al marido, casi risueña; casi vengada ya, y provocándole, irguiéndose, le dijo cara á cara:

—¡Quiero llevarme á mi hijo... y no debe quedarse aquí, en tu casa, porque no es tuyo!... ¿Lo entiendes? No es tuyo, no es tuyo; es de mi amante.

Parent, ya loco, gritó:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Canalla!

Y ella proseguía:

—No es tuyo, ¡imbécil! Todo el mundo lo sabe menos tú. Su padre, ahí le tienes: mírale y te vencerás.

Parent retrocedió vacilante; luego, bruscamente, cogió una bujía, y entrando en la habitación próxima, volvió al punto, llevando al niño envuelto en las ropas de la cuna.

El niño, sobresaltado con el brusco despertar, lloraba. Parent, entregándoselo á la madre, sin decir una palabra más, la empujó violentamente hacia la puerta, luego hacia la escalera, donde Limousin aguardaba ya prudentemente.

Cerró, echando la llave y los cerrojos, y al entrar en la sala, cayóse desplomado sobre el suelo.



## II

PARENT vivía solo, enteramente solo. Durante las primeras semanas que siguieron á la separación, el aturdimiento de su vida nueva no le permitió hacer muchas reflexiones. Andaba por las calles vagabundo, como cuando era soltero; comía en un restaurant. Para evitar el escándalo, señaló á su mujer una pensión, formalizando notarialmente su compromiso. Pero, poco á poco, el recuerdo del niño turbaba su pensamiento. Con frecuencia, cuando estaba solo en casa por las noches, le parecía oír la voz de Carlitos que le llamaba «papá». Su corazón latía muy angustiosamente, y el pobre hombre, levantándose, abría la puerta de la escalera, para ver si por acaso el niño había vuelto. Sí; era posible que volviera solo, como vuelven los perros y las palomas... ¿Por qué había de tener un niño menos instinto que una bestia? Convencido de su error, volvía á sentarse en una butaca, pensando en la criatura. Meditaba durante horas enteras, durante días enteros. No era solamente una obsesión moral; era también una obsesión física, una necesidad material, nerviosa, de besarle, de tenerle, de opri-